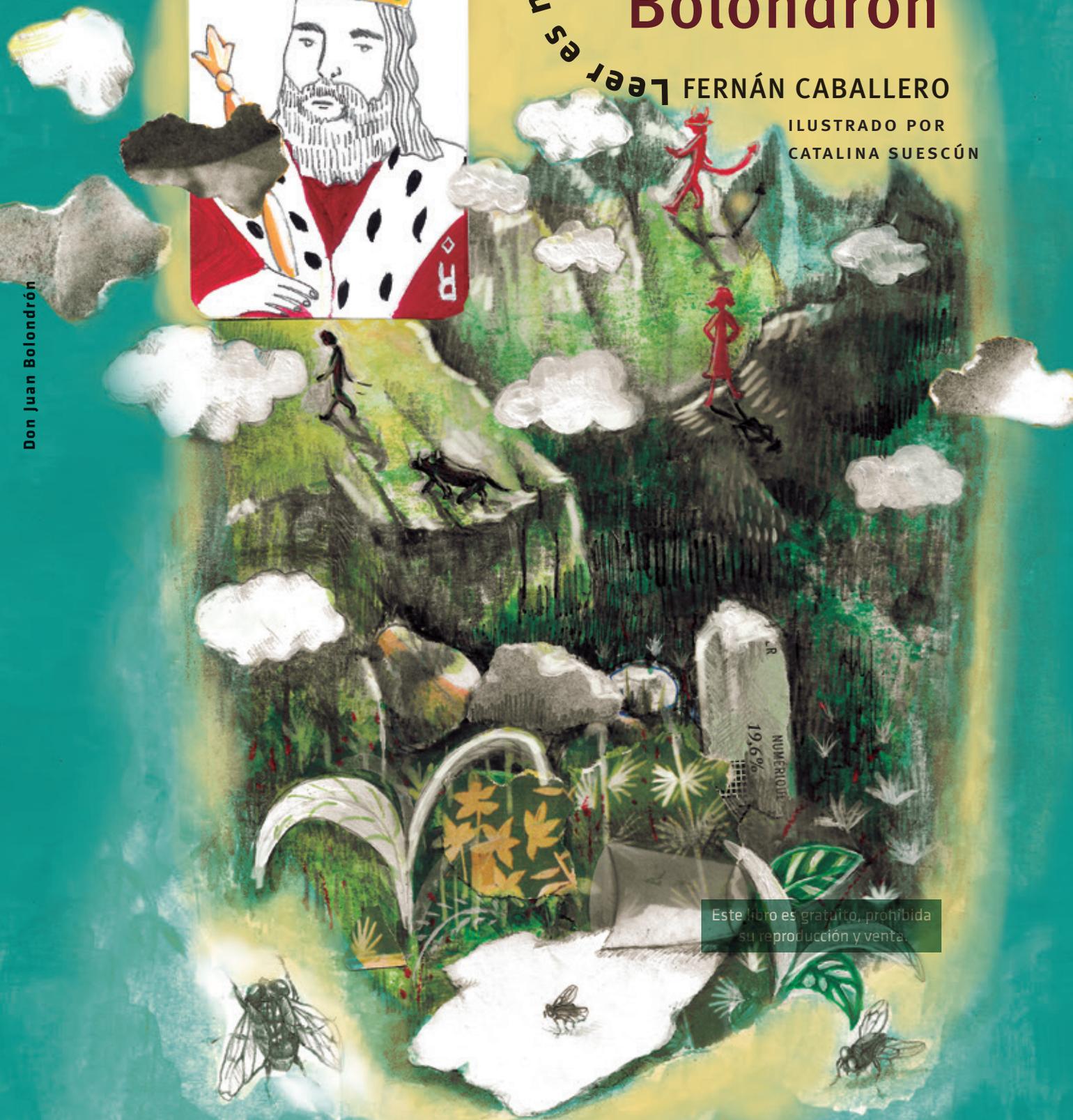


Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

FERNÁN CABALLERO

ILUSTRADO POR
CATALINA SUESCÚN



Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta



Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español
FERNÁN CABALLERO

ILUSTRADO POR
CATALINA SUESCÚN



*

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**
Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**
Yaneth Giha
Ministra de Educación

**

AUTOR
Fernán Caballero

ILUSTRADORA
Catalina Suescún

EDITOR
Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL
Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL
Consuelo Gaitán
Iván Hernández
Jorge Orlando Melo
Moisés Melo

Primera edición, 2017
ISBN 978-958-5419-58-2

**Material de
distribución gratuita.**
*Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de
Cultura; el permiso para su
reproducción física o digital se
otorgará únicamente en los casos
en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso
escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co*

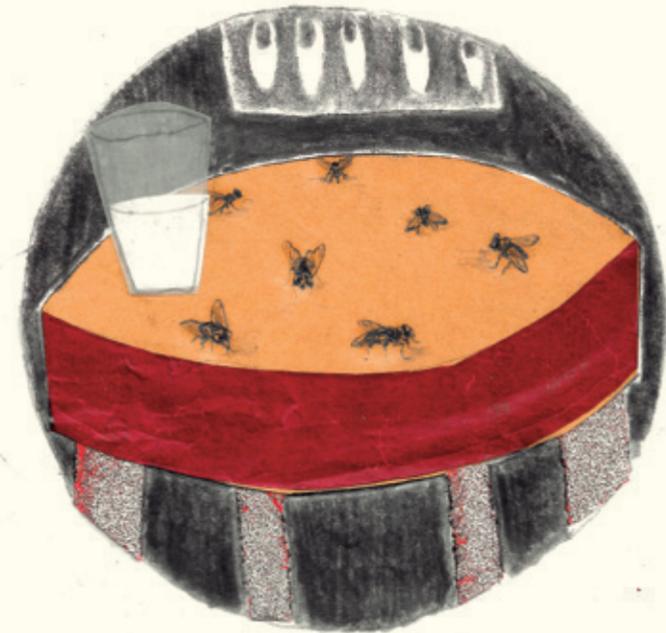


Don Juan Bolondrón

* 5 *

La suegra del diablo

** 13 **



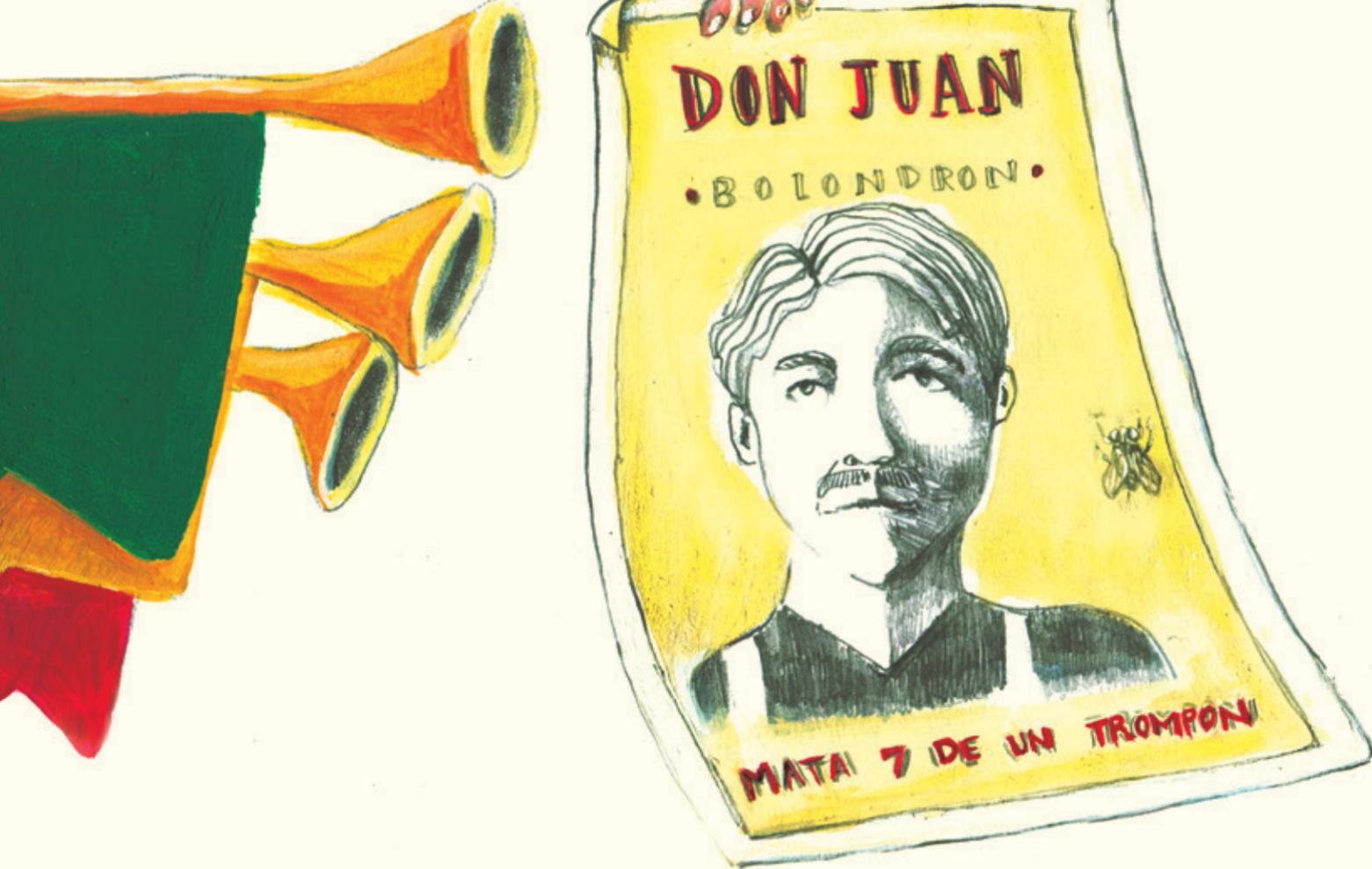
Don Juan Bolondrón

5

Haz de saber para contar y entender para saber que éste era un pobre zapatero llamado Juan Bolondrón. Un día que estaba sentado en su banco tomando un plato de leche, como cayesen algunas gotas de leche en el banco, se agruparon muchas moscas y él les pegó una palmada, y mató siete. Entonces se puso a gritar:

– ¡Soy muy valiente, y en adelante me he de llamar Don Juan Bolondrón Mata–siete–de–un–trompón!

Había en los alrededores de la ciudad un bosque, y dentro del bosque un jabalí que hacía mucho mal a los habitantes, pues ya se había comido gran número de ellos. El rey había enviado mucha gente para cazarlo; pero siempre los hombres huían de miedo, y a otros se los comía, pues era sumamente bravo. Un día llegó a oídos del rey que había en su ciudad un hombre que se llamaba Don Juan Bolondrón Mata–siete–de–un–trompón.



6

– ¡Oh!–dijo–. Ese debe de ser muy guapo; mándenlo venir a mi presencia para conocerlo.

En efecto, lo trajeron; y cuando lo vio el rey, le dijo:

– Hombre, tienes un nombre muy valiente; ¿es verdad que matas siete de un trompón?

– Sí, Vuestra Sacra Real Majestad.

– Pues bien–le dijo el rey–. Tengo una hija muy bonita y te la doy por esposa si me matas el jabalí que tantos estragos hace en la ciudad.

¿Te atreves?

– Sí, Vuestra Sacra Real Majestad.

– Enhorabuena; pero si no lo matas, te mandaré cortar la cabeza. Mañana irás, y elegirás en mi sala de armas las que mejor te agraden.

Al día siguiente, Don Juan Bolondrón se preparó muy bien, y con las mejores armas que supo escoger, y tiritando de miedo, se fue donde la fiera. Estaba más feroz que nunca, pues hacía tres días que no había



7

podido cazar hombre alguno. Don Juan se puso a reflexionar qué haría, de qué modo podría matar aquel animal, pues más probable era que lo matara a él, o, si escapaba, del rey no escaparía. Además nunca había tomado en sus manos más armas que las herramientas de su zapatería.

Pronto llegó a un bosque que había fuera de la ciudad, y tan luego como la fiera que tenía su guarida allí tomó olor de gente, salió del bosque con los ojos que vertían sangre y las cerdas erizadas, furiosa de rabia y hambre. Cuando Don Juan Bolondrón la vio venir se echó a correr en la dirección del palacio y tras él el jabalí, que no vio más que a él, y ambos, corriendo a cual corre más, Don Juan consiguió llegar al palacio y mantenerse tras la puerta de la calle. La fiera entró en su seguimiento, y pasó más allá a otro patio a donde estaba la guardia. Los soldados, que habían oído el ruido, locos de terror, tuvieron preparados sus mosquetes y todos a la vez descargaron, y el jabalí cayó muerto como una piedra.



Don Juan Bolondrón se había asomado para ver lo que pasaba, y oyendo los gritos de los soldados, corrió de su escondite con la espada en la mano y se puso a retar a los guardias por haberle quitado la presa, y después fue derecho al rey, que había salido también para ver que bulla era aquella que había en palacio.

– ¿Qué es esto, Don Juan?—dijo el rey.

– ¿Qué ha de ser, Vuestra Sacra Real Majestad? Pues no solamente he querido matar al jabalí, sino que lo traje vivo para mostrárselo, y esos soldados del demonio me lo han muerto cobardemente.

– Eres muy valiente, Don Juan, y bien mereces por esposa a la princesa mi hija.

Enseguida, fue alojado en palacio con mucha pompa, y a los pocos días celebraron las bodas.

Como ya le había pasado el susto de la fiera, y todo quedó muy tranquilo y feliz, no pudo dejar de pensar en las miserias de su vida pasada y hacer comparación con su dicha presente, y en consecuencia de esto, una noche soñó con su zapatería; y como tenía la costumbre de hablar soñando, gritó a su mujer:

– ¡Hijita, pásame las hormas, las hormas! ¡necesito el sacabrocas! ¡dame la lesna!

La princesa, a quien despertó con sus gritos, se puso muy pesarosa, pensando que tal vez su padre la había casado con un zapatero.

Así sucedió que al otro día muy temprano se fue a donde él, y le dijo:

– Señor padre, tal vez me has casado con un zapatero, pues anoche en sueños me pidió las hormas, la lesna y el sacabrocas; y ahora te ruego que lo averigües.

Mandó pues el rey llamar a su presencia a Don Juan Bolondrón Mata-siete-de-un-trompón, y le dijo:

– ¿Hombre, eres por ventura zapatero? ¿Y habrás tenido el atrevimiento de casarte con mi hija?

– Señor– dijo Don Juan–, la señora princesa, como estaba dormida, por lo pronto no comprendió bien lo que yo decía. Soñaba que me estaba burlando de una fiera que traje cautiva donde vuestra majestad. Le decía que tenía la cara de horma, los colmillos de lesna, y las quijadas de sacabrocas, y esto es todo.

– ¡Lo que son las mujeres!–dijo el rey. –¿No ves, hija, por cuán poco te trastornas el juicio? Idos tranquilos y no vengáis con quejas uno del otro.

Pues así sucedió; vivieron felices muchos años, tuvieron muchos hijos, y se acabó el cuento.





La suegra del diablo

13

Pues, señor, érase, en un lugar llamado Villagañanes, una viuda más fea que el sargento de Utrera, que reventó de feo; más seca que un esparto; más vieja que el andar a pie y más amarilla que la epidemia. En cambio tenía un genio tan maldito, que ni el mismo Job la hubiera aguantado. Habíanla puesto por apodo la tía Holofernes, y apenas asomaba la cabeza cuando todos los muchachos daban a huir. Era la tía Holofernes limpia como el agua y hacendosa como una hormiga, y, por lo tanto, no tenía poca cruz con su hija Pánfila, la que, a la contra, era holgazana y tan amiga del padre Quieto, que no la movía un terremoto. Así es que la tía Holofernes empezaba riñendo con su hija cuando Dios echaba las luces, y cuando las recogía aún duraba la fiesta.

–Eres –decía– floja como el tabaco de Holanda, y para sacarte de la cama se necesita una yunta de bueyes. Huyes del trabajo como de la peste, y te gusta más la ventana, chiquilla sin vergüenza, que a una mona. Más enamorada eres que el tío Cupido; pero, o he de poder poco, o has de andar más derecha que un huso y más ligera que el viento.

Pánfila, al oír esto, se levantaba, bostezaba, se desperezaba, y cogiéndole las vueltas a su madre, se iba a la puerta de la calle. La tía Holofernes, sin advertirlo, se ponía a barrer con una actividad desatinada, acompañando el ruido de la escoba con monólogos de este tenor:

– En mis tiempos las muchachas trabajaban como machos.

La escoba hacía chis, chis, chis.

– Vivían recogidas como monjas.

Y la escoba: chis, chis.

– Ahora son un ható de locas, chis, chis; de haraganas, chis, chis; no piensan más que en los novios, chis, chis, y estos son un ható de perdidos.

La escoba seguía otorgando con sus chis, chis.

Llegando a la sazón cerca del zaguán, veía a la hija haciendo señas a un mozuelo, y el baile de la escoba terminaba en un bien parado sobre las espaldas de Pánfila, que obraba el milagro de hacerla correr. Enseguida se dirigía la tía Holofernes, empuñando su escoba, a la puerta, pero apenas se asomaba, cuando

su cabeza, produciendo el efecto acostumbrado, hacía desaparecer tan ligero al pretendiente, que no parecía sino que le habían salido alas en los pies.

–¡Maldita enamorada! –gritaba la madre–. Te he de romper cuantos huesos tienes en el cuerpo.

– ¿Por qué? ¿Porque pretendo casarme?

– ¿Qué dijiste? ¡Casarte, loca de atar! No en mis días.

– ¿Pues usted no se casó, señora, y mi abuela y mi bisabuela?

– Harto me pesa, pues ello fue causa de que te pariese a ti, deslenguada; y ten entendido que si yo me casé y se casó mi madre y mi abuela, no quiero que te cases tú, ni mi nieta, ni mi bisnieta, ¿lo has oído?

En estos suaves coloquios pasaban la madre y la hija su vida, sin otro resultado que ser la madre cada día más regañona y la hija cada día más enamorada. En una ocasión en que la tía Holofernes estaba haciendo la colada y a punto de hervir la lejía, hubo de llamar a su hija para que la ayudase a alzar la caldera del fogón y a verter su contenido sobre la canasta de colar. La hija la oía con un oído; pero con el otro atendía a una voz conocida que cantaba en la calle:

*Yo te quisiera querer,
y tu madre no me deja;
el demonio de la vieja
en todo se ha de meter.*

Siendo para Pánfila el coquetear una perspectiva más halagüeña que la caldera de lejía, dejó que se desgañotase su madre y acudió a la reja. Entre tanto, viendo la tía Holofernes que su hija no venía y que se la pasaba la hora, agarró sola la caldera para verter el caldo sobre la ropa, y como era la buena mujer chica y de pocas fuerzas, la derramó y se abrasó un pie. A los gritos desaforados que daba la tía Holofernes, acudió su hija.

— ¡Maldita, remaldita, malditísima! —le decía la tía Holofernes hecha un basilisco—. Enamorada de Barrabás, sin más pensamiento que el casorio. ¡Permita Dios que te cases con el demonio!



Algún tiempo después de esto se presentó un pretendiente, que era uno como pocos: mozo, blanco, rubio y bien portado y con los bolsillos bien provistos; no había pero que ponerle, y ninguno pudo hallar la tía Holofernes en su arsenal de negativas. A Pánfila le faltaba poco para volverse loca de alegría; hiciéronse, pues (con el debido acompañamiento de regaños por parte de la futura suegra con el novio), los preparativos de la boda. Todo marchaba ligero, derecho y sin tropiezo, como por un camino de hierro, cuando, sin saber por qué, la voz del pueblo, voz que es como una personificación de la conciencia, empezó a levantar una sorda reprobación contra aquel forastero, a pesar de que se mostraba afable, humano, dadivoso; hablaba bien y cantaba mejor y apretaba entre sus blancas y ensortijadas manos las negras y callosas de los gañanes.

Ellos, empero, no se daban por honrados ni subyugados por tanta cortesía; su razón era tan tosca, pero también tan fuerte y sólida, como sus manos.

– ¡Por vía de Sanes! –decía el tío Blas–. ¿Pues no me llama ese usía mal encarado señor Blas, como si yo presumiese de ser más de lo que soy? ¿Qué te parece?

– ¿Pues y a mí? –respondió el tío Gil–. ¿No viene a hacerse el simpático como si tuviésemos que freír juntos? ¿No me dice que soy ciudadano, yo, que jamás he salido ni quiero salir de la aldea?

Por un lado, la tía Holofernes, mientras más miraba a su yerno, más le miraba de reojo. Parecíale que entre aquellos inocentes cabellos rubios y el cráneo se interponían ciertas protuberancias de mala especie, y recordaba con recelo aquella maldición que echó a su hija el día de triste memoria en que averiguó a punto fijo lo que duele una quemadura de lejía hirviendo.

Por fin llegó el día de la boda.

La tía Holofernes había hecho tortas y reflexiones: las primeras dulces, las segundas amargas; una gran olla podrida para la comida y un gran proyecto dañino para la cena; había preparado un barril de vino generoso y un plan de conducta que no lo era.

Cuando los novios se iban a retirar a la cámara nupcial, llamó la tía Holofernes a su hija y le dijo:

– Cuando estén ustedes recogidos en su aposento, cierra bien todas las puertas y ventanas, tapa todas las rendijas y no dejes sin tapar sino únicamente el agujero de la llave. Toma enseguida una rama de olivo bendito y ponte a pegar con ella a tu marido hasta que yo te avise; esta ceremonia es de cajón en todas las bodas y significa que en la alcoba manda la mujer, y sirve para sancionar y establecer ese mando.

Pánfila, obediente por primera vez a su madre, hizo todo como lo había prescrito la pícara vieja.

Apenas vio el novio la rama de olivo bendito en manos de su mujer, cuando echó a huir precipitadamente. Pero como hallase puertas y ventanas cerradas y las rendijas tapadas, no viendo más escapatoria que el agujero de la llave, se coló por él como por una puerta cochera; porque habrán ustedes caído, así como lo sospechó la tía Holofernes, en que aquel mozo tan rubio y blanco y tan bien hablado era ni más ni menos que el diablo en persona, el cual, usando del derecho que le daba el anatema que contra su hija lanzó la tía Holofernes, quería regalarse con los obsequios y regocijos de una boda, cargando luego con su mujer, haciendo así en beneficio propio lo que tantos maridos le suplicaban hiciese en el de ellos.

Pero este señor, a pesar de que sabe mucho, según la fama, había dado con una suegra que sabía más que él (y no es la tía Holofernes el único ejemplo de esta especie).



Así, apenas entró su señoría en el agujero de la llave, felicitándose por haber hallado como siempre la escapatoria, cuando se encontró preso en un frasquito de vidrio, es decir, en una redoma, que su prevenida suegra tenía aplicada por fuera al agujero de la llave, y no bien estuvo dentro, cuando la vieja tapó la vasija herméticamente; rogábale el yerno con las voces más tiernas y las súplicas más humildes, con los ademanes más patéticos, que le diese carta de libertad. Hacía presente cuánto faltaba con aquella arbitrariedad al derecho de gentes, con aquel despotismo a la Constitución. Pero a la tía Holofernes no la embaucaba el diablo, ni la desconcertaban arengas, ni la imponían palabrotas, y así no hubo tu tía; cargó con el frasco y su contenido, se fue a un monte, y trepando, trepando con vigor, llegó a su elevada cima, escarpada y solitaria, donde depositó el frasco porque le sirviese de cresta y se alejó amenazando a su yerno con el puño cerrado a guisa de despedida.

Allí permaneció su señoría diez años. ¡Qué diez años, señores! El mundo estaba como una balsa de aceite: cada cual atendía a lo suyo, sin meterse en lo que no le competía; nadie deseaba ni el puesto, ni la mujer, ni la propiedad ajena; el robo vino a ser una palabra sin significado; las armas enmohecieron; la pólvora se consumió solo en fuegos artificiales; los locos no pasaron de divertidos; las cárceles se vieron vacías; en fin, en esa década del siglo de oro no acaeció sino un solo deplorable evento ..., los abogados se murieron de hambre y de silencio.

Mas, ¡ay!, tan feliz estado había de tener fin; todo lo tiene en este mundo menos los discursos de algunos elocuentes padres de la patria. El fin de la envidiable decena fue del modo siguiente:

Un soldado llamado Briones había obtenido licencia para ir por unos días a su pueblo, que lo era Villagañanes. Seguía aquél un camino que rodeaba el encumbrado monte sobre cuya cúspide estaba el yerno de la tía Holofernes, renegando de todas las suegras, presentes, pasadas y futuras, prometiéndose a sí mismo acabar con esa clase viperina cuando reconquistase su poder, valiéndose para este fin de un medio sencillo: el de abolir el matrimonio; entre tanto, pasaba el tiempo en componer y recitar sátiras contra la invención



de las suegras. Llegando al pie del monte, Briones, que según lo decía su apellido tenía bríos aumentativos, no quiso echarse a un lado, como lo hacía el camino, sino que siguió derecho, asegurando a los arrieros que venían con él que si el monte no se le quitaba de delante pasaría por encima de él, aunque fuese tan alto que le costara descalabrarse contra la bóveda del cielo.

Llegado arriba, quedóse Briones admirado al ver aquel frasco que a manera de verruga llevaba el monte en las narices. Cogióla, miróla al trasluz, y al percibir al diablo, que con los años, el encierro y ayuno, los rayos del sol y la tristeza se había quedado tan consumido y amojamado como una ciruela pasa, exclamó asombrado:

– ¿Qué bicho, qué mal engendro, qué fenómeno es éste?

– Soy un honrado y benemérito diablo, mejorando lo presente –contestó humilde y cortésmente el encerrado–; la perversidad de una traidora suegra, que en mis garras caiga, me tiene aquí encerrado hace diez años; libértame, valiente guerrero, y te otorgaré el favor que me pidas.

– Quiero mi licencia –respondió Briones sin vacilar.





– La tendrás; pero destapa, destapa pronto, que es una monstruosa anomalía tener arrinconado en este tiempo de revoluciones al primer revolucionario del mundo.

Briones sacó un poco el tapón y salió de la redoma un vapor mefítico que le subió al cerebro. Estornudó, y enseguida se apresuró a volver a apretar el tapón con la mano extendida, dando una furiosa palmada, de modo que el corcho se hundió de pronto, estrujando al preso, que dio un grito de rabia y dolor.



26

– ¿Qué haces, vil gusano terrestre, más malo y pérfido que mi suegra? – exclamó.

– Es –respondió Briones– que pongo otra condición en nuestro trato; me parece que el servicio que voy a hacerte lo vale.

– ¿Y cuál es esa condición, pesado libertador? –preguntó el diablo.

– Quiero por tu rescate cuatro duros diarios mientras yo viva. Piénsalo, pues ésta sí que es la de dentro o fuera.

– Por Satanás, por Lucifer, por Belcebú –exclamó el diablo–, miserable, avariento, no tengo dinero.

– ¡Oh! –repuso Briones–. ¡Vaya una respuesta para un señorón como tú! Ésa es, compadre, respuesta de ministro. Ni te pega ni me conviene a mí.

– Pues ya que no me crees –dijo el diablo–, déjame salir y te ayudaré a procurártelo como he hecho con muchos otros; eso es lo que puedo hacer por ti. Suéltame, con mil de los míos; suéltame.

– Poco a poco –contestó el soldado–; nadie nos corre, y maldita la falta que haces en el mundo. Ten entendido que te he de tener agarrado por la cola hasta que me cumplas lo prometido, y si no, no hay nada de lo dicho.

– ¿No te fías de mí, insolente? –gritó el diablo.

– No –respondió Briones.

27

– Lo que me pides es contra mi dignidad –dijo el preso con toda la arrogancia que podía demostrar una ciruela pasa.

– Pues me voy –dijo Briones.

– Agur –dijo el diablo, por no decir adiós. Pero viendo que Briones se alejaba, empezó el preso a dar desaforadas vueltas por el frasco, llamando a gritos al soldado.

– Vuelve, vuelve, amigo querido –decía. Y para sí añadía: “¡Que no te cogiera un toro de cuatro años, truhán, desalmado!” Pero seguía gritando: “Ven, ven, benéfica criatura, libértame y agárrame por la cola o por las narices, guerrero benemérito”. Y seguía murmurando: “De mi cuenta queda vengarme, soldado perverso; y si no puedo lograrlo haciéndote yerno de la tía Holofernes, he de hacer que ardáis cara a cara en la misma hoguera, o he de poder poco.”

Al ver las súplicas del diablo, volvió Briones y destapó la redoma. Salió el yerno de la tía Holofernes como un pollo del cascarón, sacando primero la cabeza y sucesivamente todo el cuerpo y por último, la cola, de que se asió Briones, por más que quiso encogerla el rabudo. Después que el ex preso, que estaba bastante entumido, se sacudió y esperezó, estirando bien los brazos y las piernas, se pusieron en camino para la corte, raneando el diablo por delante y siguiéndole el soldado llevando la cola bien cogida por sus manos.



Llegados que fueron a la corte, díjole el diablo a su libertador:

– Voy a meterme en el cuerpo de la princesa, a quien el rey su padre quiere con extremo, y la daré tales dolores que ningún médico los sepa curar; te presentarás tú entonces ofreciéndote a curarla, mediante la recompensa de cuatro duros diarios, y saldré; al punto se aliviará y nuestras cuentas quedarán saldadas.

Todo sucedió según lo había arreglado y previsto el diablo; pero no acertó a prever que al quererse marchar, Briones lo agarró por la cola y le dijo:

– Bien pensado, señor, son cuatro duros una mezquindad indigna de vos, de mí y del servicio que os he prestado. Buscad medio de mostraros más generoso. Eso os hará honor en el mundo, donde, perdonad mi franqueza, no gozáis de la mejor opinión.

“¡Que no pueda yo cargar contigo!”, dijo para sí el demonio. “Pero estoy tan débil y tan entumecido que ni puedo conmigo mismo. ¡Tengo, pues, que tener paciencia, eso que los hombres llaman una virtud! ¡Oh! Ya comprendo por qué vienen tantos a mi poder: por no haberla practicado. Anda, pues, maldito de cocer, anda, que de la horca has de venir a la caldera, donde todo saldrá a la colada. Vamos a Nápoles, ya que me es preciso ceder para libertar mi rabo, del que no me desprendo porque no me es posible. Vamos, y nos valdremos del arbitrio de antes para saciar tu codicia”.

Todo salió a la medida de su deseo. La princesa de Nápoles se revolvía convulsa de dolores en su lecho. El rey estaba en la mayor aflicción. Presentóse Briones con la arrogancia del que sabe que el diablo le ayuda. El rey admitió sus servicios, pero puso una condición, que fue que si en tres días no curaba a la princesa, como ofrecía hacerlo con tanta seguridad, sería el presuntuoso doctor ahorcado. Briones, seguro del buen éxito, no puso la menor objeción.



Por desgracia oyó el diablo el trato y dio un brinco de alegría al ver cómo se le venía a las manos la ocasión de vengarse.

El brinco del diablo causó a la princesa tales dolores que gritó se llevasen al médico. Al día siguiente se repitió la misma escena. Briones conoció entonces que el diablo hacía de las suyas y que su intención era dejarle ahorcar. Pero Briones no era hombre que perdía la cabeza.

Al tercer día, cuando el presunto médico llegó, estaban levantando la horca frente a la puerta del mismo palacio.

Al entrar en la estancia de la princesa redoblaron los dolores de la paciente y se puso a gritar que echasen fuera a aquel curandero impostor.

– Todavía no se han agotado todos mis recursos –dijo Briones con gravedad–; dígnese vuestra alteza aguardar un rato.

Salió enseguida y dio orden en nombre de la princesa que repicasen todas las campanas de la ciudad.

Cuando volvió a la estancia real, el diablo, que aborrece de muerte el sonido de las campanas y que además es curioso, preguntó a Briones:

– ¿A qué santo es el repique?

– Repican –respondió el soldado– por la llegada de vuestra suegra, que he mandado llamar.

Apenas oyó el diablo que llegaba su suegra, cuando echó a huir con tal rapidez que ni un rayo de sol le hubiese alcanzado.

Ufano como un gallo, pero más feliz que el de Morón, se quedó Briones cacareando y con plumas.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Saramago.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español.

Fernán Caballero.

**Usted puede leer los libros
digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co**





ISBN 9789585419582



9 789585 419582

Estos dos cuentos los conocen y cuentan las familias españolas desde hace cientos de años. También, con pequeñas variaciones, se cuentan en Holanda, Alemania, Argentina, Polonia... y en muchas otras partes; son cuentos que la humanidad conoce desde siempre. Fernán Caballero, seudónimo de la escritora Cecilia Böhl de Faber, quien se interesó mucho en lo que el pueblo español sabe y cuenta, los oyó en Andalucía, y los recogió con cuidado y esmero. Nos complace que estos cuentos lleguen también a los hogares colombianos.

Yaneth Giha
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

